

LOS OTROS CAMINOS DE PEREIRA

Alfonso Martínez-Mena

Quizás no excesivamente prolífico, pero constante y vocacional -a lo mejor hasta metódico-, Antonio Pereira nos ofrece sucesivamente el fruto de su creación. Él es un escritor de vario teclado que, desde sus tiempos de "Espadaña", ha ido dando muestras de entrega a la literatura de forma ininterrumpida, si bien no integral. Poeta, novelista, narrador de cortopaginaje -y en todas las facetas con gran fuste- el escritor leonés (Villafranca del Bierzo) tiene ya una trayectoria muy estimable y claramente alcista. Si mal no recuerdo lo último que le leí fue un bello libro de relatos publicado en la Colección Novelas y Cuentos, de Magisterio Español, el año antepasado, con el título de "El ingeniero Balboa y otras historias civiles" Poco antes, "La costa de los fuegos tardíos", segunda de sus novelas; la primera fue "Un sitio para Soledad", con la que comenzó a hacerse sitio, sin estruendo, pero con firme acierto, en el panorama de los novelistas que son, aunque en parcela ajena a extrañas experimentaciones al uso -siempre válidas y deseables, por otra parte-, dando muestras de un sentido claro y preciso de lo que es contar historias a través de sus muchas facultades, oficio, y ya experiencia.

Pereira -sin abandono de su labor poética- se nos presenta ahora en plena madurez de prosista con esta nueva novela, "País de los Losada", sentida y palpitada en su entrañable área geográfica a caballo entre Galicia y León, y lo hace de una forma realista, con inevitable trasfondo de esa guerra civil, tan traída y llevada, que parece resistirse a desaparecer, sea como tema o como arranque de situaciones, de la casi totalidad de la producción literaria española del momento, que es un momento ya muy dilatado, ¡y quién sabe hasta cuándo!

Antonio Pereira, en posesión de recursos literarios de la mejor índole, nos va a contar una historia, dos historias, mejor, inseparablemente entrelazadas. Tal vez por el acertado uso de esas técnicas aludidas va a parecer que experimenta -la experimentación comporta reforma, y esa sí que es evidente aquí-, e incluso que existe algo de confusión en su empeño funcional de romper aparentemente la linealidad del relato fragmentando visiones, alterando discursos de varios personajes -también el del propio autor-, recurriendo a la colaboración del lector para completar aquello que a tal electo ha sido premeditadamente silenciado, pero yo diría que lo que se pone de relieve no es sino un acertado proceso de depuración (si me apuran, de laboriosa depuración) que tiene mucho que ver con la íntima raíz de poeta lírico;

la misma que le ha llevado con eficacia al relato breve que tantas y evidentes identificaciones comparte con la obra poética.

Jacobo y José María Losada, tío y sobrino, separados por un amplio cúmulo de circunstancias como son las existentes entre el ya lejano 1936 y los primeros atisbos democráticos de hoy, son los protagonistas y al tiempo los narradores de la historia que les une y arranca de la declaración de José María ante el juez instructor tras un delito de homicidio frustrado. Los motivos que impulsan al joven Losada a su intento de homicidio habrá que buscarlos en el desarrollo de la historia, en la presencia de determinados factores y en las propias reacciones psicológicas de este personaje, enfrentado al conocimiento de las andanzas de su tío huido en los primeros días de la conflagración a causa de equívocas interpretaciones de sus ideas.

Ya hay una cierta crítica irónica y distanciadora en las circunstancias que impulsan a Jacobo Losada a echarse al monte, uniéndose a gentes que muy poco tienen que ver con él, como también surgen destellos de humor en el tratamiento de costumbrismos ancestrales y formas de vida perpetuadas, que son rasgos muy testimoniales del ambiente e idiosincrasia de las gentes de la comarca.

El regreso y muerte de Jacobo Losada justifican la llegada del sobrino heredero que, a través de papeles y confidencias, comenzará a conocer la historia de su tío, entremezclada con la versión que de la suya propia hace ante el citado juez, ante quien monologa ya al inicio de la novela, insisto, aparentemente compleja, y sin embargo simplísima al hilo de la técnica empleada por Pereira para componer el armazón hasta el final de esa decisión homicida e inesperada provocada por los misteriosos resortes del espíritu, solo comprensible -lo he indicado- tras la reconstrucción de unos hechos, en ocasiones aparentemente ajenos al núcleo, que sin embargo constituyen todos juntos piezas que proporcionan al lector el justo entendimiento del desenlace y la valoración del específico mundo de los Losada y sus reacciones.

Pienso que estamos ante la mejor muestra narrativa de Antonio Pereira, que, sin haber conseguido -ni pretendido- lo que se dice la novela total, deja muy apuntada su capacidad para emprender el gran empeño de que es capaz como fabulador. Esta consideración no minimiza en, modo alguno la importancia y categoría de la obra que comentamos, que no sólo nos parece válida, sino realmente importante y conseguida en todos sus extremos, como corresponde a fruto maduro de un escritor en su mejor momento, con pertrechos, oficio, dominio de la técnica, personalidad y dotes narrativas realmente interesantes, que introduce en nuevos cauces la novela de siempre.